



SUFISMO: SABIDURÍA DEL CORAZÓN

Por Héctor Ituarte

El sufismo ha sido llamado “ciencia de los corazones”, para acentuar que no se trata de una sabiduría de la mente, que no es un discurso racional sobre la religión del Islam, sino una vivencia de lo Real, que no se puede expresar mediante palabras, como no podemos describir un perfume o un sabor. Sufismo es “saboreo”, dicen los místicos musulmanes.

El sentido que los sufíes dan a los términos que hacen referencia al corazón nos ayuda a comprender algunos aspectos centrales del camino místico del Islam. Todos los términos están tomados del Corán y han sido empleados en obras clásicas como la “Morada de los corazones” de Nurí de Bagdad, místico que ha sido llamado por sus contemporáneos “el Príncipe de los corazones”. Otros sabios sufíes como Tirmidhi, Ibn Arabi y Rumi han profundizado y empleado estos términos en sentido epistemológico y simbólico, enriqueciendo la visión original de Nurí.

El sufismo ha sido llamado “ciencia de los corazones” puesto que el órgano de percepción mística por excelencia es el corazón, *qalb*, en árabe. El corazón es la morada de la Presencia Divina y a la vez el instrumento esencial del conocimiento de Allah, pues Dios sólo se conoce por Él mismo. El corazón es la sede del auténtico Discernimiento, el lugar de la unión con Dios, la morada del Tawhid (Unidad), el receptáculo de las epifanías divinas.

El Sagrado Corán se refiere muchas veces al corazón empleando distintos términos y los maestros sufíes han elaborado esas menciones en una especie de “cardiología mística” que utiliza cuatro vocablos para designarlo. Desde la capa más externa hasta el núcleo mismo del Ser, las palabras que designan al corazón y las referencias coránicas, son las siguientes.

La primera es *sadr* (pecho) y el Corán nos dice en 39,22:

¿Es que aquél cuyo pecho Dios ha abierto al Islam y camina así a la luz de su Señor...? ¡Ay de los que tienen un corazón insensible a la amonestación de Dios! Están evidentemente extraviados.

El término siguiente que ha sido llamado el “corazón propio” es *qalb* citado en Corán 49,7:

“Sabed que está entre vosotros el Enviado de Dios. En muchos casos, si os obedeciera, os veríais en apuro. Pero Dios os ha hecho amar la fe, engalanándola a vuestros corazones. En cambio, os ha hecho aborrecer la incredulidad, el vicio y la desobediencia. Ésos son los bien dirigidos.”

Más adentro aparece *fuad*, el corazón profundo y el Corán refiere en 53,10-11:

“Reveló a Su siervo lo que reveló. No ha mentido el corazón en lo que vio.”

Finalmente tenemos el “corazón recóndito”, *lubb*, relacionado directamente con el Discernimiento espiritual: *lubbab*. Corán 6,12:

“Y ha sujetado a vuestro servicio la noche y el día, el sol y la luna. Las estrellas están sujetas por Su orden. Ciertamente, hay en ello signos para los dotados de discernimiento.”

Bella y sencillamente en Corán 79:

“¿No han visto las aves sujetas en el aire del cielo? Sólo Dios las sostiene. Ciertamente, hay en ello signos para gente que cree.”

En sentido epistemológico estas designaciones del corazón han sido explicadas por al-Hakim al-Tirmidhi como *moradas*

o *estaciones* que el sufi debe atravesar en el camino hacia Dios, y que incluyen la lucha contra las maquinaciones del ego o *nafs*, que es el obstáculo principal que enfrenta el viajero. Significan etapas en el sendero del conocimiento dispuestas en esferas concéntricas, cada una de ellas con características y funciones propias. El pecho es el asiento de la luz del *islam*, el receptáculo para el conocimiento del Corán, la tradición profética y la ley religiosa. El *qalb* o corazón propio es el asiento de la luz de la fe (*iman*) que es la aceptación del corazón de la verdad de la Revelación de Dios. El corazón profundo es la residencia de la luz de la gnosis (*marifa*) que es la visión de la realidad. El corazón recóndito o *lubb* es la residencia de la luz de la Unidad (*tawhid*), el recipiente de la Gracia y la Generosidad de Dios, y el núcleo que es la base de las otras esferas. Así cada una de estas etapas es parte del camino interior del sufi. El pecho corresponde al musulmán, el corazón propio al creyente, el corazón profundo al gnóstico y el corazón recóndito y la luz de la unificación es la estación más elevada, la del devoto.

Por su procedencia de la raíz trilítera q-l-b, que permite asociarla a varios significados para ir profundizando su sentido místico, la palabra que quizás más han utilizado los autores del sufismo para designar el corazón es *qalb*. Su sentido esencial es corazón, pero también centro y cambio, de modo que tiene

ese matiz de transformación constante de acuerdo a la disposición de Dios mismo. También aparece la noción de recipiente y de inversión en el sentido de que es un espejo que refleja la Luz de Dios. El *qalb* está en las manos de Allah y Él lo maneja, lo tranquiliza, lo transforma, lo muta. Simultáneamente, el *qalb* es la esencia del hombre, su verdadero centro, situado entre el ego (*nafs*) y el Espíritu (*Ruh*). Como espejo, nuestra responsabilidad es pulirlo para que sea tan puro que se haga transparente a la Luz de Allah. Cada uno de estos sentidos simbólicos del corazón, tienen por finalidad despertar en el discípulo la fe (*iman*), la sumisión (*islam*) y la entrega total a Dios (*ihsan*) que son las etapas del camino del místico sufi. El propósito final es *marifa Allah*, el Conocimiento de Dios. Aquí tenemos nuevamente las estaciones que marcan el camino del discípulo hacia Dios.

La tradición mística del Islam explica desde diversas perspectivas lo que el corazón, *qalb*, significa para el sufi. Revisando algunas de ellas podemos ir develando su sentido. Así , el *jihad*, la mal comprendida “guerra santa” , palabra que en realidad significa “esfuerzo” no es otra cosa que la batalla entre el Espíritu (*al-Ruh*) y el ego (*al-nafs*), por la posesión del corazón (*al-qalb*). Sólo se vence en este combate, si el Espíritu se apodera del corazón y el discípulo vence al ego. Aquí por *al-Ruh* se entiende el Principio que trasciende la naturaleza indi-

vidual y por *al- nafs* la psique que con sus tendencias centrífugas y exteriorizadoras determinan la esfera impermanente del “yo”. El corazón como centro del alma es el punto de intersección del rayo vertical del Espíritu con el plano horizontal del ego. En este símbolo se dice que el corazón toma la forma de uno de esos dos elementos: el que lo gana en el combate. Cuando el Espíritu consiga la victoria, el corazón se transformará en Él y transmutará el alma con la luz espiritual que se difundirá en ella. Este combate es análogo a la batalla por la conquista de la sabiduría en el Mahabharata. El Bhagavad Gita es muy claro relacionando la paz, el corazón y el Discernimiento en 2, 65

“En esta paz se extingue toda pena, porque en el de corazón pacífico, muy pronto alcanza equilibrio el Discernimiento.”

La perspectiva psicológica en el sufismo afirma que si predomina el ego en la batalla mencionada, envuelve al corazón con el velo de la individualidad que se cree autónoma, y en este estado de ignorancia se somete al mundo cambiante y múltiple que termina desviando al hombre del camino de retorno a Dios. Así el hombre se vuelve esclavo de las formas. Es imposible que el hombre se abra a la Verdad Divina mientras la psique guarde una actitud que alimente la ilusión egocéntrica. Por eso, se ha de llegar a trascender la individualidad y el estado

que se alcanza se llama justamente *al-faná*, que significa “extinción del ego” y es análogo al nirvana. Por la misma razón el Bhagavad Gita nos dice en la segunda estancia, sloka 56:

Aquel cuyo corazón está libre de ansiedad en el dolor, indiferente al placer, desapegado de la pasión, del temor y de la cólera, aquél puede llamarse sabio de mente constante.

Cuando se considera al corazón como recipiente, puesto que Dios es Conocimiento y Ser, el corazón representa la presencia del Espíritu en dos aspectos, el del órgano de la intuición y el punto de identificación con el Ser. Según una tradición profética, Dios dijo:

“Los cielos y la tierra no pueden contenerme, pero el corazón de Mi fiel Me contiene”.

El centro más íntimo del corazón se llama Misterio: *al-sirr*, y es el punto sin dimensiones en que la criatura se encuentra con Dios. Es el Trono de Dios y su templo en el hombre, el centro de la conciencia divina. Por eso el que verdaderamente ve es el ojo del corazón, como dice Hallaj:

“Yo he visto a mi Señor con el ojo del corazón”.

Comparemos nuevamente con el Bhagavad Gita, fuente de sabiduría inagotable y universal:

“Yo soy el Espíritu que mora en el corazón de todos los seres y soy principio, medio y fin de todo ser” (X, 19)

“Aquel es la Luz de luces que fulgura más allá de las tinieblas. Es el conocimiento y el objeto y fin del conocimiento, el que reside en los corazones todos” (XIII, 17)

“En el corazón de todos los seres mora el Señor, ioh Arjuna!” (XVIII, 61)

Los Upanishads nos recuerdan constantemente que el corazón es la morada de Brahman, que allí reside el Señor. Por ejemplo, el Brihadaranyaka Upanishad dice:

“Este Ser cuya esencia es la luz reside en el interior del corazón, del tamaño de un grano de arroz o un grano de cebada. Él es el dueño de todo, el soberano de todo, el gobierna todo cuanto existe”.

Para Ibn Arabi el corazón del místico tiene una cualidad plástica y receptiva, y por esta razón reviste toda forma en la que Dios se revela. El corazón recibe el sello que su Señor le imprime, a la manera como lo hace la cera, y se establece una analogía entre la raíz árabe q-l-b, de donde viene *qalb* (corazón), y q-b-l, que significa “recibir”. El *qalb* es el órgano de percepción y de contemplación interior que se halla en constante movimiento, pulsación permanente e incommunicable di-

rá Ibn Arabi. La conexión entre corazón y fluctuación está presente a lo largo de toda la tradición islámica y Dios es mencionado en las tradiciones como “el que transforma los corazones”. Por eso puede Ibn Arabi decir:

“Mi corazón se ha hecho capaz de adoptar todas las formas. Es pasto de gacelas y convento de monjes cristianos, y templo de los ídolos, y la Kaaba del peregrino, y las Tablas de la Ley, y el libro del Corán. Yo sigo la religión del amor, cualquiera que fuere el sendero que hollaren sus camellos”.

Para que estas nociones nos ayuden prácticamente en nuestro camino hacia Dios, repasemos alguno de estos conceptos. El sufismo es un camino de devoción, de modo que no es extraño que se le llame “ciencia de los corazones”. Las etapas en este camino hacia la Unidad se expresan con los distintos nombres del corazón. Si bien se habla de la gnosis o conocimiento del sufi, el gnóstico es un amante porque Dios vive en su corazón y porque cuando se produce la Unión, por la gracia de Dios, la gota ilusoria de la individualidad se extingue (*al-faná*) en el mar de la Realidad y ahora subsiste (*al-baqá*) en Dios. El auténtico gnóstico es un devoto que sometiendo (*islam*) su voluntad a Dios, sabe o “saborea” la Unidad (*tawhid*). En definitiva la verdadera y única gnosis es el amor a Dios. Así,

con claridad, nos lo enseña el Señor Krishna en el Bhagavad Gita:

“Sólo por devoción así es posible percibirme, ¡oh Arjuna!, y conocer y ver y penetrar Mi esencia, ¡oh Parantapa!”

*Por el Prof. Héctor Ituarte
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
